|  |  |
| --- | --- |
| **La Toma de ConcienciaPor Jean Piaget** |   |
|   |   |
|  **Conclusiones Generales.**Para el juicio común de los psicólogos, la toma de conciencia sólo consiste en una especie de esclarecimiento que no modifica ni añade nada, sino la visibilidad de lo que ya se había dado antes que se proyectase la luz sobre algo. Freud llega a comparar la conciencia con un "órgano interno de los sentidos", entendiéndose, en su perspectiva, que la sensación se limita a recibir una materia exterior, sin ser susceptible de transformarla. No obstante, nadie ha contribuido más que él a hacernos considerar lo "inconsciente" como un sistema dinámico en actividad continua. Nuestras investigaciones presentes se encaminan a reclamar poderes análogos a favor de la conciencia en sí misma. En efecto, y precisamente en la medida que se desea señalar y conservar las diferencias entre lo inconsciente y la conciencia, es preciso que el paso de lo uno a la otra exija reconstrucciones y no se reduzca, simplemente, a un proceso de esclarecimiento; por eso cada uno de nuestros capítulos ha mostrado que la toma de conciencia de un esquema de acción transforma éste en un concepto, ya que esa toma de conciencia consiste esencialmente en una conceptualización.**I. Las razones funcionales de la toma de conciencia.**Mas si hay ahí un comienzo de respuesta a la cuestión del "cómo", demasiado descuidada en cuanto a la toma de conciencia (incluso cuando, con razón, se hace depender de los procesos psicológicos de la "vigilancia"), subsiste el problema del "porqué", es decir, de las razones funcionales que desencadenan su constitución. Acerca de esto, ya CLAPAREDE había aportado una contribución interesante, relativa a la conciencia de la semejanza y las diferencias entre objetos, mostrando que los pequeñuelos, a la edad en que generalizan a ultranza, adquieren antes conciencia de los caracteres diferenciales que de las similitudes: serían, pues, los factores de desadaptación los que ocasionarían la toma de conciencia mientras que ésta continuaría siendo inútil cuando el funcionamiento (aquí, las generalizaciones fundadas en la semejanza) se adaptase normalmente.Esa observación de CLARAPADE entraña una gran parte de verdad; pero creemos útil, cuando se trata efectivamente de desadaptaciones, completarla haciendo intervenir el mecanismo de las regulaciones: en tales casos, lo que desencadena la toma de conciencia es - lo hemos visto incesamentemente- el hecho de que las regulaciones automáticas (por correcciones parciales, en negativo o en positivo, de medios ya en acción) no bastan ya: e importa entonces buscar nuevos medios para un reglaje más activo, y, en consecuencia, fuente de elecciones deliberadas, lo que supone la conciencia. Hay pues, en eso la desadaptación; pero el mismo proceso activo o automático) de las readaptaciones es tan importante como ella. Por otra parte, ese papel de las regulaciones demuestra que la toma de conciencia está lejos de sólo constituirse con ocasión de tales desadaptacioens. Hemos comprobado, por ejemplo, la formación de tomas de conciencia tardías, pero nomenos efectivas, en los casos de andar a gatas (capítulo II), sin que intervengan ninguna desadaptación en tales acciones. Más aún: cuantas veces el sujeto se propone alcanzar un nuevo objetivo, es consciente, haya sido su logro inmediato o espués de varias tentativas; no se puede sostener que la elección (o incluso la aceptación por sugestión) de un objetivo nuevo sea, necesariamente, el indicio de una desadaptación. Conviene, pues, situar las razones funcionales de la toma de conciencia en un contexto más amplio que el de las desadaptaciones, pero que comprenda a éstas como el caso particular no descuidable. Situándonos primeramente en el punto de vista de la acción materia, para pasar seguidamente al pensamiento como interiorización de los actos, la ley general que parece resultar de los hechos estudiados es que la toma de conciencia va de la periferia al centro, si se definen tales términos en función del recorrido de un comportamiento dado. Este comienza, efectivamente, por la persecución de un fin; de ahí los dos observables iniciales que podemos denominar periféricos como unidos al desencadenamiento y al punto de aplicación de la acción: la conciencia del objetivo a alcanzar, o dicho de otro modo, de la intención como dirección global del acto, y la toma de conciencia de su terminación en fracaso o acierto. Más precisamente, no definiremos la periferia por el objeto ni por el sujeto, sino por la reacción más inmediata y exterior del sujeto frente al objeto: utilizarlo según un fin (lo que, para el observador, significa asimilar ese objeto a un esquema anterior) y tomar nota del resultado obtenido. Estos dos términos son conscientes en toda acción intencional, mientras que el hecho de que el esquema asignador de un fin a la acción desencadene inmediatamente la puesta en marcha de los medios más o menos apropiados, puede continuar siendo insconscientes (como l demuestran las múltiples situaciones estudiadas en esta obra, en la que el niño ha logrado su finalidad sin saber como ha procedido). Diremos, entonces, que la toma de conciencia, que parte de la periferia (objetivos y resultados), se orienta hacia las regiones centrales de la acción cuando trata de alcanzar el mecanismo interno de esta: reconocimiento de los medios empleados, razones de su elección o de su modificación durante el ejercicio, etc. Pero ¿por qué ese vocabulario de "periferia" y "centro", cuando si el resultado de la acción es, seguramente, periférico con relación al sujeto, el hecho de asignar un fin a esa acción implica mayoría de factores internos, aunque esté, en parte, condicionado por la naturaleza del objeto? Hay hay dos razones. La primera es que esos factores internos escapan precisamente, por lo pronto, a la conciencia del sujeto. La segunda, muy general, es que, ateniéndonos a las reacciones de éste, el conocimiento parte no del sujeto ni del objeto, sino de la interacción entre los dos; es decir, del pinto (P) de la figura, punto que es efectivamente periférico con relación tanto al sujeto (S) como al objeto (O). De allí, la toma de conciencia se orienta hacia los mecanismos centrales C de la acción del sujeto, mientras que la toma de conocimiento del objeto se orienta hacia sus propiedades intrínsecas ( y, en ese sentido, igualmente centrales C'), y no ya superficiales, aunque aún relativas a las acciones del sujeto. Ahora bien, como veremos después, los pasos cognitivos hacia C' y hacia C son siempre correlativos, y esa solidaridad constituye la ley esencial de la comprensión de los objetos, como la conceptualización de las acciones.Imagen 1 http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/Biblio/catedra/series/Pjt-1.jpgPero, previamente, tratemos de proseguir el análisis de las razones funcionales de la toma de conciencia de acción propia. Esta parte, pues, de la persecución de un objetivo; de ahí la comprobación (consciente) de un acierto o de un fracaso. En caso de este último, se trata de establecer por qué se ha producido, y eso lleva a la toma de conciencia de regiones más centrales de la acción: partiendo de lo observable en el objeto (resultado fallido), el sujeto buscará en qué puntos ha tenido falta de acomodación del esquema al objeto, y, a partir del observable de la acción (su finalidad o dirección global) dedicará su atención a los medios empleados, sus correcciones o eventuales cambios. Así, por un vaivén entre el objeto y la acción, la toma de conciencia se aproxima por etapas de mecanismos internos del acto y se extiende, pues de la periferia P al centro C. En tales casos se verifica el análisis de CLARAPADE sobre las relaciones entre la toma de conciencia y la desadaptación; pero tenemos que añadir ahora el porqué de esas relaciones es, precisamente, que las desadaptaciones se producen en la periferia P de la acción, lo que imprime a la conciencia de ésta una dirección centrípeta en C, a la vez que orientada hacia la comprensión del objeto en C'. Además, hemos de consignar (capítulo I) que una toma de conciencia se constituye incluso sin ninguna desadaptación o, dicho de otro modo, aunque el objetivo inicial de la acción se haya conseguido sin ningún fracaso. En este último caso, si el progreso de la conciencia no depende ya de las dificultades de la acción, sólo puede proceder del proceso asimilador en sí. Señalarse un fin frente al objeto es ya asimilar a éste a un esquema práctico, y, en la medida en que el objetivo y el resultado del acto proporcionan toma de conciencia, aun permaneciendo generalizables en acciones, el esquema se convierte en concepto, y la asimilación se hace representativa, es decir, susceptible de evocaciones en extensión. En consecuencia, tan pronto como son comparadas las situaciones distintas, surgen inevitablemente los problemas: ¿por qué tal objeto es más utilizado que otro? ¿ por qué una variación en los medios es más eficaz o menos?, etc. En tales casos, el proceso asimilador, promovido al rango de instrumentos de comprensión (véase, después, el apartado I), recaera, simultáneamente, en los objetos y en las acciones según un vaivén continuo entre las dos clases de observables, y no hay razón alguna para que el mecanismo de las tomas de conciencia de la acción, ya que ésta depende de aquella y recíprocamente. Esto no quiere decir que las desadaptaciones (¿por qué tal medio ensayado es infructuoso?) no desempeñen ya un papel; pero esto no es sólo momentáneo o local, y los problemas positivos (el porqué de los aciertos) resultan lo esencial con el reglaje activo dentro de los titubeos: el carácter inevitable de la necesidad de una explicación causal no podría, efectivamente, quedar reservado al solo dominio de los objetos, ya que éstos únicamente son conocidos a través de las acciones. En un apalabra: la ley de la dirección de la periferia (P) a los centros (C y C') no podría limitarse a la toma de conciencia de la acción material, puesto que a ese nivel inicial hay ya paso a la conciencia del fin (así como del resultado) a la de los medios, esta interiorización de la acción conduce por eso mismo, en el plano de la acción reflejada a una conciencia de los problemas que se han de resolver, y de ahí, a la de los medios cognitivos (no ya materiales) empleados para resolverlos. Esto lo hemos advertido muchas veces cuando se le pregunta al niño cómo ha llegado a descubrir tal o cual procedimiento: mientras que los muchachos se limitan a relatar sus acciones sucesivas (e incluso a reproducirlas con gestos y sin palabras), emplean luego expresiones tales como "ha visto que...", "me he dicho entonces..." o "he encontrado la idea...", etc.**II. El mecanismo de la toma de conciencia.**Si se pasa del "porqué" o razones funcionales de la toma de conciencia, a su "cómo", es decir, al mecanismo que hace conscientes los elementos inconscientes hasta entonces, resulta que ese proceso no se reduce, en modo alguno, a un sencillo esclarecimiento que los haga perceptibles sin por ello modificarlos, sino que consiste - desde el principio- en una conceptualización propiamente dicha, o sea, en un paso de la asimilación práctica (asimilación del objeto a un esquema) a una asimilación por conceptos. Han sido múltiples las pruebas en apoyo de esta interpretación, y lo esencial de ellas viene a demostrar que cuanto más permanece el sujeto en las reacciones elementales, más deforma conceptualmente las observables, en lugar de captarlas sin modificaciones. Un ejemplo típico, a ese respecto, es el de la honda (Capítulo II), en el que los muchachos, aun sabiendo lanzar muy bien el proyectil de modo tangencial, creen haberlo lanzado frente al objetivo. Se trata aquí pues, de la lectura de un observable, ya que se le pide al niño que "vuelva a empezar y que mire bien". No cabría , en consecuencia, ver en esas deformaciones el producto de una sencilla previsión, es decir, de una inferencia antes de la comprobación: la hay, y constantemente, pero deformada por una inferencia, lo cual es muy distinto. En cambio, podría objetarse que esa deformación inferencial (incluso limitándola a ese caso particular) no constituye un carácter de la toma de conciencia como tal, sino que resulta, como persistencia residual, dela propia inconsecuencia testimoniada anteriormente por el sujeto acerca de los medios empleados por él para alcanzar su objetivo; antes que se le pregunte dónde ha lanzado la bola, no se planteaba, en modo alguno, tal cuestión. Esta posible objeción suscita entonces, un problema interesante, en cuanto a las relaciones entre la conciencia y lo inconsciente, cognitivo, durante el proceso de la toma de conciencia en sí. Digamos, ante todo, que los comienzos de la toma de conciencia no se señalan siempre por deformaciones tan netas de las que se tratan aquí. Por ejemplo, en lo que concierne al desligamiento de una ficha por un plano inclinado (Capítulo IV), los sujetos del nivel IA no se dan cuenta de que ellos imprimen cada vez un movimiento de bajada a la ficha, incluso si ésta sigue un trayecto oblicuo o acordado; pero cuando, seguidamente, advierten el carácter general de esta condición, observada al principio en el plano de la acción material, la toma de conciencia ulterior se efectúa sin deformaciones, porque nada parece contradictorio en la idea de tal descenso. Verdaderamente, es algo dificultoso asegurar la representación por una composición de las inclinaciones longitudinales y laterales del cartón, y esa dificultad explica el por qué la bajada no es advertida inmediatamente (desde el nivel IA), sino longitudinalmente; pero se trata entonces de un retraso de la conceptualización respecto de la acción, y no de una contradicción de principios; de ahí la ausencia de deformación. Por lo contrario, en el caso de la honda, si se halla una análoga dificultad (componer el movimiento inicial de rotación del proyectil con su lanzamiento a la caja y llegar sí a la representación de un trayecto tangencial, es decir, oblicuo) se añade la idea de que no es normal, e incluso contradictorio, querer lanzar un sólido a una caja sin lanzarlo frente a ella (esto es: de forma perpendicular y no oblicua). De estos dos hechos, representativos de muchos otros, puede deducirse cierto número de conclusiones en cuanto al "como" de la toma de conciencia: a) Esta supone, desde el principio, una conceptualización (entre la rotación y el lanzamiento en el caso de la honda, y entre las inclinaciones laterales y longitudinales en el de la bajada).b) Si la toma de conciencia pudiese reducirse a un sencillo esclarecimiento, tales coordinaciones no necesitarían ninguna nueva construcción, ya que están realizadas en el plano de la propia acción material, es decir, al "saber hacer" por oposición al "concebir"; le bastaría, entonces, a la conciencia, si no fuese más que un espejo, reflejar objetivamente lo que son los movimientos de la propia acción, inconscientes hasta allí, para obtener una "representación" (en el más directo sentido) de las coordinaciones que efectúan ya.c) En cambio, las acciones de los sujetos son consideradas por ellos, y asimiladas, más o menos adecuadamente por su conciencia, como si se tratase de relaciones materiales cualesquiera situadas en los objetos: de ahí la necesidad de una construcción conceptual nueva, para darse cuenta de ello: realmente, sólo se trata entonces de una reconstrucción, pero tan laboriosa como si no correspondiese a nada de lo ya conocido por el propio sujeto y que presenta los mismos riesgos de omisiones y deformaciones, como si la cuestión consistiera en explicarse un sistema exterior de conexiones físicas.d) En el caso de la bajada por un plano inclinado, la construcción es sencilla, ya que consiste en coordinaciones espaciales entre dos direcciones (a lo largo del plano rectangular y de lado), pero sin conflictos con los esquemas anteriores: la toma de conciencia sólo hace entonces una pequeña composición progresiva. e) En el caso de la honda, y otros similares, se añade en cambio, el problema de la composición espacial (necesario para la comprensión de la salida tangencial del proyectil), un conflicto entre esta construcción y un esquema (consciente) anterior, que lleva al sujeto a creer que para lanzar una bola a una caja hay que mirarla y colocarse frente a ésta. En tal caso, para comprender el movimiento oblicuo del proyectil con respecto a la caja (con lanzar tranquilamente al círculo descrito por él en seguida) se trata de corregir primero el esquema anterior, y admitir si un lanzamiento perpendicular a la caja facilita el acierto, no es el único posible, y que es aceptable un trayecto oblicuo. f) Pero antes de llegar a corregir ese esquema anterior, consciente y arraigado, hay un a solución más económica al nivel IA: deformar sencillamente los observables y "retrotaer" (si así puede decirse) el origen del conflicto. Desde el punto de vista afectivo, hay retroceso cuando u deseo inconsciente se muestra en contradicción con un sistema consciente; por ejemplo, el "superyo" y sus imperativos; de ahí que el deseo inconsciente, sin que por ello quede suprimido, no aflore a la conciencia. En el caso particular del proceso cognitivo, el fenómeno es análogo, aunque mucho más limitado; el hecho de lanzar en la acción real, el proyectil, según un trayecto tangencial contradictoria al esquema de lanzarlo frente al objetivo, hace que el sujeto se niegue a aceptar o percibir el observable molesto, y cree, de buena fe haberlo lanzado frente a la caja. g) El hecho es bastante general en casos de conflictos en esa índole, y se encuentra igualmente en la interpretación de observables físicos independientes de la acción propia: habiendo previsto erróneamente un acontecimiento contrario a una creencia tenaz (por ejemplo, que un intermediario realmente inmóvil se desplace inoportunamente, para transmitir un movimiento) el sujeto niega el observable inesperado y cree poder comprobar los hechos como los habían anticipado. Ahora bien: el interés de la situación que actualmente discutimos es que, en tales casos, el observable rechazado no es un hecho físico exterior al sujeto, sino perteneciente a su propia acción y por tanto, conocido por él, solamente en actos inconscientes y no en su conciente conceptualización. La analogía con los datos físicos no estimados es muy sorprendente, como si la toma de conciencia procediese como un modo cualquiera de una toma de conocimiento. h) En el caso de toma de conciencia, la contradicción provoca el "retroceso" no hay que localizarlo en la acción no consciente, ya que logra la coordinación motora sin problema, es decir, sin cuidarse de lanzar el proyectil frente al objetivo(salvo en ensayos iniciales, rápidamente superados por regulación automática). No se asienta ya en la conciencia del sujeto, ya que éste no toma conciencia del lanzamiento tangencial (como si se formara en un momento dado esa hipótesis para rechazarla seguidamente, a causa de su conflicto con la idea previa de lanzar frente al objetivo). Por otra parte, al oír sus expresiones, vemos que el sujeto no percibe la contradicción. Nos queda aún pues, sólo situarla en el mismo proceso de la conceptualización que caracteriza la toma de conciencia; pero entonces se plantea el problema de establecer cuál es el grado de conciencia atestiguado por ese progreso como tal, por oposición a la acción no consciente de salida y la conciencia final que ha tomado de su acción el sujeto. i) Precisamente, la cuestión general consiste en saber si hemos de admitir grados de conciencia. Porque hay tres clases de circunstancias de naturaleza capaz de hacer plausible tal hipótesis. La primera es que entre la acción de acierto precoz (lanzamiento tangencial u otros éxitos análogos) y los comienzos erróneos de la toma de conciencia ( la idea de haber lanzado el proyectil frente a objetivo) hay intermedios, en la forma de esos "compromisos" ya señalados por INHELDER, SINCLAIR y BOVET, respecto a las contradicciones que han observado en los conflictos durante los procesos de aprendizaje: el sujeto dice haber lanzado el proyectil no de frente ni de modo tangencial, sino entre ambas posiciones, lo que parece mostrar la existencia de una conciencia incompleta de la acción. En segundo lugar, es dudoso que una acción que acierta después de regulaciones automáticas sea totalmente inconsciente, aunque el éxito fuese precoz. En tercer lugar, la conceptualización en sí constituye, como acabamos de recordar, un proceso propiamente dicho, ya que no es inmediata, y si hay un proceso, su grado de conciencia debe variar.j) Sólo vemos entonces una posible interpretación de esos grados de conciencia: que sean función de diferentes grados de integración. Por ejemplo: lo que se designa con la palabra de "subcepción" y que se define como una "percepción inconsciente", podría muy bien acompañarse de cierta conciencia en el momento que se produce, pero continuando siendo momentánea, en el sentido de que no sería integrada en los estados siguientes . En el caso de las acciones logradas precozmente, pero con toma de conciencia mucho más tardía, resultaría difícil, inclusive concebir que el sujeto se haya atenido a un conocimiento exclusivo de los fines y los resultados, sin ninguna conciencia de los medios empleados ni de su regulación. Ahora bien: como esa conquista y esas correcciones sucesivas de los medios se han efectuado paulatinamente los estados momentáneos de conciencia fugaz que han podido caracterizarlos no habrían dado lugar a ninguna integración conceptual o representativa y el sistema obtenido seguiría siendo senso-motor. De igual modo, en los casos de compromisos aludidos en i), se trata más bien de grados de integración que de pasos bruscos de la insconsciencia a la conciencia.k) En suma: el mecanismo de la toma de conciencia aparece en todos esos aspectos como un proceso de conceptualización, que reconstruye y luego sobrepasa, en el plano de semiotización y de la representación, lo que se había adquirido en el de los esquemas de acción. En tal perspectiva, no hay pues, diferencia de naturaleza entre la toma de conciencia de la acción propia y la toma de conocimiento de las secuencias exteriores al sujeto, implicando las dos una elaboración gradual de nociones a partir de un dato, éste consiste en aspectos materiales de la acción ejecutada por el sujeto o de las acciones que se efectúan entre los objetos. |